

LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas
Y la cabeza de canas,
Extinguido en las pupilas
El brillo de la mirada;
Enfermo, abatido, pobre,
Perdida su antigua fama,
Después de largo destierro
Y de infinitas desgracias,
A México sin honores
Volvió el general Santa-Ana.

Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.
Aquel soldado animoso
Que frente al poder de Iguala
Levantóse tremolando
La enseña republicana;
Aquel guerrero indomable
A quien la nación premiaba
Cuando derrotó en Tampico
A los soldados de España;
Aquel adalid temible
Que en Veracruz humillara
A Joinville y sus soldados,
Dando una lección á Francia;
Aquel león altanero,
Vencedor en las batallas,
Que gastó lujos y pompas
De poderoso monarca,
Que como á rey le veían
Y « Su Alteza » le llamaban,
Y era un sol en el gobierno,
En la historia y en la fama;
Que siempre pisó laureles

Y oyó aplausos y dianas,
Porque tuvo entre sus manos
Los destinos de la patria:
Después de vivir proscrito,
En una isla solitaria
Viendo transcurrir los años
Con decepciones amargas,
Recibiendo en vez de honores
Ingratitudes humanas,
Pidió volver á esta tierra,
Vivir en su antigua casa,
Y dormir su postrer sueño
Sobre tierra mexicana.
A la sazón presidente
Era Lerdo de Tejada,
Y pronto otorgó el permiso
Que el héroe solicitaba.

No del Nacional Palacio
En las opulentas salas,
Sino en una casa humilde
De la calle de Vergara,
El vencedor de Tampico
De esta manera les habla
A dos antiguos amigos
Que en su olvido le acompañan:
— Asaltaron los franceses
La tierra veracruzana;
Yo recibí la noticia
Medio dormido en mi cama,
Porque llegaron de noche
Y sin producir alarma.
Busco rápido mi ropa,
Me lanzo para la plaza,
Y encuentro á dos oficiales
Que de muerte me amenazan
Preguntándome rabiosos:
¿En dónde duerme Santa-Ana?
« Arriba está » les respondo;
Me dejan la puerta franca,
Y mientras suben y encuentran
A Arista que allí quedaba,
Me dirijo á los cuarteles,
Digo á todos lo que pasa,

Y ya con mis tropas listas
 Doy principio á la batalla.
 Caro me costó aquel triunfo,
 Pues me arrebató una bala,
 Con peligro de la vida,
 Esta pierna que me falta.
 Premiáronme esa victoria
 Dando como tumba santa
 A los restos de esta pierna,
 Noblemente mutilada,
 Un monumento que estuvo
 Mucho tiempo en Santa Paula;
 Mas como todo se olvida
 Y todo en el mundo pasa,
 Cuando en desgracia me vieron
 Los que un tiempo me adularan,
 Aprovechando el desorden
 De la primera asonada,
 Azuzaron á la plebe
 Que lo más santo profana
 Y que se mueve al impulso
 De quien la adula ó la paga,
 Y derribó el monumento
 Y arrastró ciega de rabia
 Mis huesos, gritando: « muera
 El zancarrón de Santa-Ana ».
 Ya veis, señores, que el mundo
 Así premia las hazañas.
 No voy completo á la tumba,
 Pues la pierna que me falta,
 Yacerá en un basurero
 De mil modos profanada,
 Cuando hace ya tantos años
 Que la perdí por la patria. —

Al punto que aquel anciano
 Dijo estas tristes palabras,
 Nueva visita anuncióles
 El toque de una campana.
 Era un hombre pobre y rudo,
 Cano el cabello y la barba,
 El que en aquellos instantes
 Los corredores pisaba.
 Con uniforme de inválido

Y conduciendo una caja,
 Logró que le permitieran
 Penetrar hasta la sala,
 Y al ver á su antiguo jefe,
 Con ojos llenos de lágrimas
 Dijo así, con un acento
 Que penetraba hasta el alma:

— Mi general, yo he servido
 Con usted mucho á mi patria;
 Fui su asistente en Tampico
 Cuando derrotó á Barradas,
 Luego en Veracruz estuve,
 Fui á Palo Alto y la Resaca,
 Y herido en el brazo izquierdo
 En la guerra americana.
 Hoy ya inválido me tienen
 Haciendo en el *Monte* guardia;
 Cuando usted ya estaba ausente,
 Y fué su pierna arrastrada,
 La recogí con cariño,
 La fui esconder á mi casa,
 Y esperando su regreso
 La conservé en esta caja.
 Ya llevo más de veinte años
 De tenérsela guardada,
 Queriendo en sus propias manos
 Venir yo mismo á entregarla,
 No por ganar recompensa,
 Pues no quiero ni las gracias;
 Yo sé bien lo que usted hizo
 En defensa de la patria;
 Y ningún viejo soldado
 En las épocas pasadas,
 Se avergüenza ni se olvida
 De su general Santa-Ana.
 Reciba usted estos huesos
 Que profanó la chinaca,
 Y que su viejo asistente
 Guardó cual reliquia santa. —
 Levantóse Don Antonio,
 Y en sus ojos sin mirada
 Brillaron con luz muy viva,
 No las pupilas, las lágrimas,

Y con voz trémula y ronca
 Comprimida en la garganta:
 — Ven á mis brazos — le dijo —
 Nada soy, ni valgo nada,
 No te voy á dar dinero
 Ni voy á ceñirte banda,
 Pero de tu acción en premio,
 En vez de cruz ó medalla,
 Quiere poner en tu frente
 Su último beso Santa-Ana,
 Que sólo así premiar puede
 A la lealtad la desgracia. —
 Y cuentan los que lo vieron,
 Que aquella escena sagrada
 Fué un bálsamo que dió vida,
 Fortaleza y esperanza,
 Al creador de la República,
 Al noble hijo de Jalapa,
 A quien sorprendió la muerte
 Pobre, sin pompas ni galas,
 Y hoy el Tepeyac lo abriga
 En una tumba olvidada,
 Frente á la cual, los testigos
 De antiguos hechos exclaman:
 Todo lo mudan los tiempos,
 Los hombres todo lo cambian,
 Y lo que eterno parece
 Es lo que rápido pasa.

RECUERDOS DE UN VETERANO.

Monólogo para el beneficio del distinguido actor

LEOPOLDO BURON.

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años).

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris, ó azul oscuro, botones dorados y una gorra de cuartel:

¡Noche de invierno! Es verdad;
 Sopla afuera el cierzo impío;
 Algo hay más negro y más frío:
 ¡Mi espantosa soledad!

Nunca como en esta vez
 Me sentí más abatido:
 De los mares del olvido
 Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engaños,
 De luchas, de desventuras,
 De lágrimas y amarguras,
 Caben en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué
 Mi padre un labriego honrado,
 Que, ignorante é ignorado,
 Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,
 Y su música más sana
 Fué la voz de la campana
 De su parroquia natal.

Sin deudas ni sinsabores
 Dejó el mundo el mismo día
 Que con Hidalgo nacía
 La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadalajara.

Yo, con doce primaveras,
Fuí á presentármele ufano:
— ¿Quieres, me dijo el anciano,
Ser un soldado de veras?

Si no puedes, chiquitín,
Con arcabuz ni escopeta! —
— Señor, dadme una corneta,
Comenzaré de clarín. —

¡Oh recuerdo, que seduces!
Fuí su clarín, ¿qué más gloria?
¡Yo dí el toque de victoria
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,
Vi aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud;

Yo anuncié la dispersión
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón;

Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo ví cómo se llevaron
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y duelos
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conoce!
¡Era de la guerra el rayo!
Dígalo aquel dos de Mayo
De mil ochocientos doce;

En que con heróico pecho,
Al despuntar la mañana,
Seguido de Galeana,
Que fué su brazo derecho,

En Cuautla, con férrea mano,
Rompió, sin temer reveses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mundo! que te asombres:
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mil!

Lleva el indomable Aquiles
A Huajuápam sus legiones:
Toma catorce cañones
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,
Y, nunca de aliento falto,
Como un león, por asalto
Se apodera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!
Firme le seguí hasta el fin,
Pues con él fué mi clarín
El clarín de la victoria.

(Saca un clarín).

Aquí estás viejo instrumento,
¿Quién al verte te respeta?
Dirán: « es una corneta »
¡Mienten! ¡es un monumento!

Contigo siempre fuí en pos
De los héroes de la guerra:
¡Los héroes son en la tierra
Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros
Anunciando fuego ó diana,
Oyeron Bravo, Galeana,
Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,
Pude haberte abandonado;
Pero al mirar tu pasado
No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,
Todos tus toques benditos
Se apagaban á los gritos
De « ¡muerte ó independencia! »

Te guardé.... después los cielos
Su protección nos negaron,
Y de rubor se nublaron
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español
A aquel atleta entre atletas,
Quedaron varios planetas,
Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,
Seguir quise la campaña
Y fui al Sur, á la montaña,
Con el General Guerrero.

En las Mixtecas con él
Burlamos la adversa suerte....
¡Qué valeroso y qué fuerte
Era el insurgente aquel!

Debajo de la ceniza
Que mi cabeza enblanquece,
Lo busco y se me aparece:
Pelo crespo, tez cobriza,

Ojos negros y profundos,
Gran talla, frente serena;
Su afán: romper la cadena
Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entre los soldados;
Todos desmayado habían;
Con Calleja unos morían,
Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,
Con su esfuerzo inquebrantable,
Llegó á ser el indomable
Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,
Que aquel corazón de bronce
Desde el ochocientos once
Entró á servir con Morelos.

Después solo, en las montañas,
Tenáz la causa sostuvo,
Y veinte triunfos obtuvo
En veinte heróicas campañas.

En todas ellas venció:
Recordarlas me conmueve,
Desde el once al diez y nueve,
A todas asistí yo.

(Saca un machete suriano).

Aquí está; su augusta mano
Me dió en Cuautla este machete,
Diciendo: «Sargento, vete
Por la cabeza de Llano».

Veloz como un huracán,
En mil lances renombrados,
Temblar hizo á los soldados
De Luaces y de Liñán.

Entre nosotros ninguno
Dejó jamás á Guerrero:
Vino al fin el diez de Enero
Del ochocientos veintiuno!

Fecha que el triunfo decide;
A Acatempam nos llevó,
Donde á Guerrero esperó
Don Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala
Y vivo guarda el recuerdo,
Pusiéronse ambos de acuerdo
Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado al mes siguiente,
A Valladolid rendimos,
Luego á Querétaro, y fuimos
A Puebla directamente.

Renace aquí todavía
La emoción santa y sincera,
Que tuve al ver la bandera
De la amada patria mía.

No se borra la impresión;
Nunca sentí más respeto
Que al escuchar el decreto
Que dió vida al pabellón.

¡Qué augustos! ¡qué hermosos días!
¡Con qué fe nos aclamaban!,
¡Con cuánto amor nos llamaban:
«Los de las tres garantías!»

El verde: la religión;
(Fué primero la conciencia)
El blanco: la independencia;
Y el encarnado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,
Erguida el águila indiana
Desgarrando soberana
La serpiente en un nopal.

Nunca, lo digo en verdad,
He visto más alegría
Ni más llanto que en el día
Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores, ni nombres
Recuerdo, y es natural;
Entramos en són triunfal
Como diez y seis mil hombres;

Trescientos años después
De que, asombrando estos valles,
Entraron por nuestras calles
Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante
Resplandeciente de brillo,
Sobre un caballo tordillo,
Nervudo, altivo y pujante.

« Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡viva la paz! »
Regando al mirar su faz
De frescos lauros el suelo.

Todos con gozo atronaban
De amor la ciudad entera,
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodillaban.

Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones;

Con arcos de armiño y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro,
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar;

Las madres con santo amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban á sus hijos
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,
Séquito altivo y hermoso,
Iban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella, airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;
Fué un camino de laureles
Hasta llegar á Palacio.

Allí Iturbide quedó,
Y á varios nos repartieron
Un recuerdo.... el que me dieron,
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:
Aquí está.... ¡prenda bendita!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!.... tu historia entera.

Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe....
De él contigo me alejé
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono.
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni este insurgente
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana;
 ¡Con qué afán te saqué yo
 La vez en que proclamó
 La República Santa-Ana!

¡Cómo, en tradiciones rico,
 Por los años consagradas,
 Surgiste cuando á Barradas
 Derrotamos en Tampico....!

¡Cómo viste á sus soldados,
 Al mandato de Santa-Ana,
 Volverse para la Habana
 Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,
 Cuando expuesto á mil reveses,
 Santa-Ana echó á los franceses
 Del puerto de Veracruz....!

Y ¡cómo limpio has venido
 Sin dejarme ni un momento,
 Para ser el ornamento
 De los años que he vivido!

¡Qué fría es la ancianidad!
 Bajo el sol de la razón,
 Se ve desde un panteón
 A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fátua?
 ¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
 Dudo á veces si ya he muerto,
 Y estoy viviendo en estatua.

Se hielan los pensamientos
 De la experiencia á la luz....

Aquí... ¿qué brilla?... mi cruz.
(la toma y lee el anverso).
 «Treinta contra cuatrocientos».

Acción memorable, sí,
 En que fuimos campeones,
 Con Meotti, treinta dragones,
 De «fieles del Potosí».

Han muerto ya, con razón;
 Sólo á mí Dios me sostiene,
 Soy ya el único que tiene
 Esta condecoración.

(Abre el álbum de retratos).

¡Oh aleve destino impío!
 Para mí, duro é ingrato!
 Tiemblo al ver este retrato:
 ¡Pobre Luis! ¡pobre hijo mío!

Perdió á la madre al nacer,
 Y quedó solo conmigo,
 Tuvo el vivac por abrigo,
 La bandera por mujer;

El rancho por alimento,
 Y por arrullos amados,
 Los cantos de los soldados
 En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones
 En sus primeros abriles,
 Se las dieron los fusiles,
 Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,
 Y ya joven y valiente,
 Habiendo sido Teniente
 Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó
 Contra la invasión tirana,
 Y una bala americana
 La vida le arrebató....

Años hace, y todavía
 De luto está mi alma entera;
 Si Dios ocasión me diera
 Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,
 Por el mexicano amada;
 Santa bandera soñada
 Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado
 Desde el año veintiuno,
 Sin que ninguno, ninguno
 Te haya abatido ó manchado;

Mi Luis voló en pos de ti,
Pues eras su fe, su egida,
Y por ti perdió una vida
Que yo á tu sombra le di.

Murió soldado leal;
De otra suerte si viviera,
Vamos.... lo sé bien.... ya fuera
Un bizarro General....

Murió cubierto de gloria,
Y hoy lo miro solamente
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido sér
Toca el dintel de la muerte;
Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste, y desde aquel día
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran
Te lloro constantemente....
Vamos, José.... sé valiente:
Los insurgentes no lloran....!

Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aquí me faltan,
Las tengo en el corazón.

Tiemblo, mas no retrocedo,
Y á defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.

¡Cuánto heróico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos:
Si vivís allá en los cielos,
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió,
Y pronto á morir en calma,
Adora con toda el alma
El suelo donde nació

Por este suelo velad,
Y en él vuestros ojos fijos,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la Libertad....!

Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extranjero.

Por salvar su honor y prez
Me siento joven y fuerte,

Pero si ya soy la muerte....
Nada puede la vejez....

Ya mis delirios son vanos,
É inútiles mis arrojios,
Ya no tienen luz los ojos,
Ni fortaleza las manos.

Otros nacieron mejores,
Y ellos lucharán mejor....
Tú serás mi último amor,
Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir
Regó mi sangre tu alfombra,
Y hoy sólo anhelo tu sombra
¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver
Que alumbra con tus reflejos
Las tumbas de aquellos viejos
Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das
El llanto al fin las resuelve:
El sol que se ausenta vuelve;
La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor
Será ver cuando me muera,
Libre, respetada, entera,
Mi bandera tricolor.